

PERDONAR²³

El perdón. ¿Cómo hablar de esa inmensa realidad sin desfigurarla? Recientemente, algunas frases infantiles me han abierto horizontes insospechados con respecto a ella, tan cierto es que nunca terminamos de explorar sus abismos. Y también tan cierto es que estos abismos se abren a los ojos que la vida todavía no ha arruinado demasiado.

Rolando o el infierno irradiado.

De paso por una de esas numerosas comunidades cristianas que el Espíritu suscita en todas partes para alegría de la Iglesia, estaba sentado a la mesa al lado de Rolando (16 años). Venía de uno de esos centros médico-pedagógicos donde se agrupan los niños denominados “inadaptados, casos sociales”. En el momento del postre, mientras miraba un icono de la cruz que estaba delante mío, me dice a quemarropa:

– “Dime, ¿qué hubiera pasado si Jesús no hubiera dicho: Padre, perdónalos?”.

Sorprendido por una pregunta tan insólita, se la devuelvo. Con aire grave, casi solemne contrastando con la frescura todavía infantil de sus rasgos, me responde:

– “¡Y bueno...! ¡Yo no existiría!”.

Tuve entonces la intuición de que acababa de pasar algo muy grande. Esas tres palabras, tan simples ¿de qué profundidades vendrían? ¿y hacia qué país lo conducirían?

Seis meses más tarde, el viernes 27 de octubre de 1978, alrededor de medianoche, Rolando fue fríamente estrangulado por su padrastro, junto con su madre y su hermano menor mientras que sus hermanitas conseguían huir.

Nadie me quitará esta certeza: en ese momento crucial en que la cruz se hundía brutalmente en su corazón y en su carne, Jesús le hacía este regalo supremo: transmitir a ese hombre –espantosa caricatura de padre– el perdón mismo del Padre. Durante la muy larga agonía que debió haber sufrido, sobre el hombre que perpetraba el gesto de la muerte, Rolando realizó el gesto que da la vida: ese perdón capaz de iluminar la más violenta de las muertes.

Cuando me explicaba la Pasión, comentando las imágenes del filme de Zeffirelli, no sospechaba que llegaría tan rápido su turno; tampoco ninguno de nosotros. Pero el Señor sí lo sabía. Y cada día, Rolando aprendía a confiar en Él para el día de mañana.

¿Por qué entonces, de todas las palabras del Evangelio la primera que le había llamado la atención había sido precisamente esa? El Señor lo había encaminado dulcemente, como sólo El sabe hacerlo, al horror de semejante muerte. Lo había tomado de la mano para conducirlo al Padre a través de su propia Pascua. Le había enseñado el perdón tal como a Él le gusta dispensarlo: a través de su Iglesia. Días antes, Rolando manifestaba su deseo de recibir el sacramento de la reconciliación para abrirse al Cuerpo de Jesús. Necesitaba tanto de ese cuerpo para atravesar un pasaje tan difícil, pero por donde Jesús lo había precedido.

²³ De *Vie consacrée*, 1979, N° 4. Tradujo: Hna M. Isabel Guiroy, osb. Monasterio Gozo de María (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

¿Por qué –o por quién– el Viernes Santo precedente los hermanos habían sido impulsados a pedir que este niño fuera tocado, con la humilde certeza de que en ese día el Señor no podía negar nada? ¿Por qué las semanas precedentes, cuando se despertaba de noche –quizás porque se acercaba el miedo– le pedía a su compañero de pieza que le leyera un pasaje de la Palabra? ¿No era quizás necesario que escuchara la voz antes de ver el rostro para que pudiera reconocerlo enseguida?

¿Por qué la misma noche en, que recibí su asombrosa respuesta, al acompañarlo a un pequeño oratorio lo sorprendimos rezando en alta voz por primera vez? ¿Y qué decía?: “Señor, haz caer tu Espíritu sobre esta ciudad haz caer tu Espíritu sobre mi familia... Haz caer tu Espíritu sobre los que tienen hambre”.

¡Haz caer tu Espíritu! En ninguna asamblea de oración había escuchado yo esta expresión, y él no había leído nunca los Hechos de los Apóstoles. No sabía que en ese martes de Pascua, Pedro nos hablaba del perdón de los pecados para recibir el don del Espíritu Santo (*Hch 2,38*).

¿Por qué esa misma noche, cuando volvíamos en coche a su casa, se puso a interrogarme largamente sobre el descenso de Jesús a los infiernos? Esto parecía intrigarlo como si le concerniera personalmente. Durante todo el recorrido, volvía a este tema sin cesar. ¡Nunca había yo encontrado en un adulto, semejante fascinación por este misterio!

- ¿Por qué te interesa tanto?
- Me gustaría descender a los infiernos con Jesús.
- Pero ¿para qué?
- Para liberar a los prisioneros.
- ¿Y además?
- ¡Para abrir las puertas del paraíso y hacer entrar a todo el mundo!²⁴.

Al día siguiente les decía a todos en el colegio: “Lo más extraordinario de nuestro tiempo no es caminar en la luna ni fabricar bombas atómicas sino que Jesús desciende a los infiernos para buscar a Adán. Y como se burlaban de él, decía: “Yo también me reía de esas cosas, pero ahora entendí”.

No era ni Teresa ni Silvano, sino ese Rolando desconocido algunas horas antes, pero de repente conocido como de toda la vida.

Incluso tengo también esta certeza: ahora ese ministerio le ha sido concedido. Si no, ¿por qué el Señor le habría inspirado semejante deseo? ¡Asombroso deseo, ciertamente! Él sabe lo que es el infierno por haber pasado por allí; y sabe lo que es el paraíso, por haber entrado en él. Bendito seas Rolando, por esa mano que ya no cesarás de tender a los más desubicados de tus hermanos, como veo que lo hace Jesús en ese icono de la Resurrección del que hablábamos los dos esa noche pascual, durante el camino.

El mismo día de su calvario, yo citaba su respuesta en pleno París en una reunión cuyo tema era el perdón previendo la muerte. Había interrogado a los niños acerca de este misterio:

- ¡Yo sé lo que Jesús les dijo a los Ángeles que cerraban la entrada del Paraíso con sus espadas!
- ¿Qué?
- Les dijo: ¡Abran las puertas de par en par y dejen pasar a Adán y Eva!

²⁴ ¿Coincidencia? Más bien diría sonrisa de Jesús. El día de la Pascua de Rolando la liturgia de la Iglesia era precisamente ese pasaje de Efesios: “¿Qué quiere decir ‘subió’ sino que antes bajó a las regiones inferiores de la tierra?” (*Ef 4,9*) con una referencia al *Sal 67*. En los primeros versículos leemos: “Abre a los cautivos la puerta de la dicha...” (*Sal 67,7*).

No es una homilía de Gregorio de Nisa, sino la frase de una chiquilla de once años con dificultades de locución, con el rostro deforme: mogólica.

Y me digo: así se dirige posiblemente Rolando, que participa de la Realeza de Jesús, a los ángeles del Rostro²⁵.

¿Por qué permitió el Señor que yo fuera el confidente de semejante palabra? No me pertenece. Pertenece al pueblo de Dios. Por eso, por tu pregunta de aquel lunes de Pascua, quisiera bendecirte, Rolando. Bendecirte en nombre de todos los que la leerán aquí y se dejarán interrogar por ella. Y bendecir contigo a nuestro Jesús por esa muerte tan trágica que tu perdón ha hecho tan bella para nosotros. Y suplicar contigo que ese hombre que no sabía lo que hacía sea a su vez arrancado del infierno que lo habita y descubra como tú la gran dulzura de ser amado.

“Mi única adoración: pedirle perdón”

“¡Si Jesús no hubiera dicho: ¡Perdona! yo no existiría!”. ¡Frase fulgurante! ¿Habría leído Rolando aquella carta de un cristiano del s. II?:

Al renovarnos por el perdón de los pecados nos ha convertido en otro ser, de modo que tenemos un alma de niño, exactamente como si nos hubiera creado de nuevo. He aquí que hemos sido creados nuevamente, nosotros de quienes dice el profeta: “De aquellos a quien el Espíritu ve de antemano, arrancaré los corazones de piedra y les pondré corazones de carne”²⁶.

¿Habría quizás recorrido los desiertos de Egipto para entrevistar a los Padres acerca de su modo de ver las cosas: “Reconocerse pecador es algo mucho más grande que reconocerse creatura?”.

¿Habría leído la *Suma* de Tomás de Aquino: “Perdonar a los hombres es una obra más grande que la creación del cielo y de la tierra?”

¿Conocía quizás a Pascal: “Sin Jesucristo, el mundo no subsistiría, porque sería destruido o sería semejante a un infierno... Sólo subsiste por Jesucristo y para Jesucristo?”²⁷.

¡Cuántas preguntas suscitadas por la de Rolando!

¿No es quizás un perdón permanente lo que mantiene al hombre en el ser, lo que lo sostiene en la existencia? ¿Un perdón que le impediría ser completamente aniquilado por lo que no tiene ser: el pecado? ¿No, hace Dios existir, haciendo cesar de existir al pecado? Perdonar, ¿no es destruirlo?

Recuerdo la frase de Yohanni: “Si no hay pecado, entonces no existe Jesús”. Y yo agrego con Rolando: “Si no hay un Jesús que perdona, no existimos ni tú ni yo”. Sí, para Dios perdonar es más que crear: la belleza devuelta –cuando es Dios mismo quien lo hace– es más resplandeciente que la belleza perdida. Porque está revestida de la sangre de Dios. O incluso lo siguiente: recibir el perdón ¿me hace existir como Dios existe con su manera de ser, es decir, su manera de amar: siendo misericordioso a mi vez? Compartir su potencia creadora: ¿no es quizás hacer con él existir en la vida a un hermano destruido por el odio?

²⁵ Que nadie venga a decirme más que un niño no es capaz de comprender ni el pecado ni el perdón. ¿En nombre de qué, de quién nos erigimos en jueces de lo que un niño en su ser más profundo sabe o no sabe? ¿Con qué derecho le prohibiríamos ese camino hacia las profundidades que tiene sed de explorar? ¿Con qué derecho lo haríamos sentir culpable de esa necesidad que existe en él de una mirada que le muestre lo que él es? Nadie como un niño sabe que no se puede vivir mientras se adivine un reproche en los ojos de aquellos a quienes amamos. Es insoportable. Empezamos a soñar con que nos maten. Es una muerte.

²⁶ *Carta de Bernabé*, 6,6.

²⁷ *Pensamiento* 556.

Recibirse a uno mismo perdonado, sí, eso es ser. Ser sin más. ¿Existe adoración más pura que reconocer esto?

¿Era esto lo que querías escribirme, Miriam, el día en que cumpliste dieciséis años?

Me he vuelto muy poco sensible a la presencia del Cuerpo de Jesús. Es terrible. Lloro porque lo amo tan poco. ¡Pobre Jesús! Me doy cuenta de que ya no sé más adorarlo. *¡Mi única adoración es pedirle perdón!*

¡Cuántas vidas mal vividas!

¡El perdón! ¡Qué cosa más difícil! Quizás es la más difícil del mundo. ¿Cuántos perdones –dime– abortados en el corazón, estrangulados en nuestras gargantas, que nunca florecieron en nuestros labios? ¿Quién podrá explicar la ansiedad de todos esos seres destruidos por un perdón indefinidamente contenido, que se deja siempre para mañana? ¿Cuántas vidas arruinadas por un perdón conscientemente negado? ¿Cuánta dicha no pudo ser, carcomida por una amargura latente, inconfesada? ¡Una vida aparentemente tranquila, puede estar tan envenenada! No puedo dejar de estremecerme cuando a veces escucho: “Prefiero morirme, pero jamás, jamás le perdonaré”. ¡Uno se siente helado hasta los huesos! Allí está ya presente la muerte ¡está ya el infierno!

¿Quién no ha conocido esos hogares sin fuego que arrastran durante toda la vida –gangrena asesina– la infección de un resentimiento? Un gesto, una actitud, a veces una palabra o incluso una chiquilinada; es suficiente: quedamos resentidos con nuestro hermano, nuestro cónyuge, nuestro vecino, a veces “a muerte”. Una herida, insignificante al principio, termina por envenenarse. Ya no nos animamos a retroceder. Se juzga que la situación es irremediable, el otro es condenado sin posibilidad de apelación. Nos encerramos en un silencio que muy pronto se vuelve intolerable.

O incluso: creíamos haber perdonado y un día de repente, nos damos cuenta, aterrados, de que el perdón había sido parcial, condicional, cargado de una reserva mental. Todas las relaciones habían sido hipotecadas. Por una nada todo resurge. Ásperamente, violentamente. Y vemos familias peleadas, ciudades divididas, a veces por generaciones.

¿Por qué tantas comunidades religiosas no resplandecen “como resplandecen la luz, la música, el perfume” (Pablo VI)? En alguna parte una lámpara seguramente se apagó.

¿A qué se deben esas especies de crisis cardíacas que son las rupturas de la comunión sino a los perdones negados? Nos quedamos espantados frente a la esterilización de las fuerzas apostólicas causada por las incesantes críticas, los celos sórdidos, esas mil mezquindades que convierten en una penitenciaría lo que debería ser una casa del amor, una casa donde el amor cura porque se parece al Corazón de Dios. Y mientras tanto, a la puerta, el pueblo de los pequeños se muere de frío. Los muertos no son resucitados.

Pero cuando todo se vuelve allí “límpido, transparente, simple y bello” (Pablo VI) porque el beso de paz que nos animamos a darnos cada día es mucho más que un rito, entonces ¡cómo se extiende a lo lejos el calor y la luz! ¡Como mariposas de la noche, de todas partes la gente acude rápidamente! La casa resulta demasiado pequeña... ¡pero los corazones están a sus anchas! Nos sentimos como en casa. Es una comunidad.

El más asesino de los venenos

¡El demonio del resentimiento!

Aquellos que tienen un ministerio de cura de almas, aquellos cuya atenta disponibilidad atrae las confidencias, aquellos que tienen la tarea de guiar a sus hermanos; saben muy bien los estragos que causa²⁸.

¡Cuántos bloqueos espirituales, depresiones, angustias, trastornos nerviosos, a veces orgánicos, tienen su origen en él! Podremos multiplicar las curas y los tratamientos, podremos ir de médico en médico, podremos probar técnicas y métodos de relax. Trataremos de desahogarnos como podamos. Pero el único remedio está allí, al alcance de la mano, si esta mano consiente en abrirse para recibirlo de otro: “Di una sola palabra y quedaré curado, la palabra del perdón que se recibe de rodillas”.

Ese veneno del rencor es mortal porque con él se mata al hermano. ¿Has oído hablar de esas complicaciones post-operatorias en que hay que actuar muy rápidamente: esas embolias que obstruyen una vena y que hacen que todo el organismo esté amenazado o esas septicemias irreversibles que envenenan toda la sangre? Lo mismo sucede cuando se niega el perdón: rápidamente se paraliza toda la vida.

Entonces ¿dónde te duele?

¿Por qué, pero por qué es algo que cuesta tanto al corazón del hombre? ¿Tanto mal hace?

Perdonar ¿no será pedir perdón? Confesar: no eres tanto tú sino yo quien tiene necesidad de ser perdonado. Y frente a ese arrodillarse, ¡todo se rebela en mí! Existen algunos “sabes, la culpa es mía” que no terminan de decirse nunca. Como si destrozaran las entrañas. ¡Dolorosos como todo parto! Nos dan miedo. Mañana quizás... Y pasan las semanas, y pasan los años, y se pasa una vida ¡la vida! Y esa gran dulzura que hace decir: “Pero sí, todo quedó olvidado”, esa dulzura divina, nunca la habremos conocido. Nunca habremos conocido esa humildad que suaviza incluso hasta la más ruda de las existencias.

¡Déjalo entonces ejercer su oficio!

“¡Todo quedó olvidado!” Un perdón que llega hasta allí no solamente es difícil sino que es rigurosamente imposible. Para darlo, primero es necesario recibirlo. Recibirlo de aquel que es el único que puede inventarlo, y quizás del modo como él quiso darlo.

El no te lo ofrece de la boca para afuera, o con un gesto distraído o con una mirada lejana, sino con lágrimas y sangre: las tuyas. Sabe muy bien que a menudo te costará sangre y lágrimas perdonar. Entonces, por ese mismo camino Él “viene de su trono real para confiarnos dulcemente su amor”²⁹.

¡Mira cómo te precede el Cordero! Tiende sus manos a los clavos. ¿Quizás no quiere soltarse ya más? Esas manos quedarán abiertas para siempre.

¿Qué grito le arranca el dolor atroz? Escucha bien para discernir las dulces sílabas: “¡Perdona! ¡Perdona! Y una vez más: ¡Perdona!” ¿Acaso no tiene nada más importante que decir? ¿Nada más urgente que hacer? No dice otra cosa. No hace otra cosa. Ejerce su ministerio. Hace fructificar su carisma. Vive su sacerdocio. Celebra su muerte. Los soldados cumplen con su oficio. Él realiza el suyo: el oficio de Dios. Lo realiza sirviéndose del oficio de ellos.

²⁸ Esas cosas que se machacan indefinidamente, esos litigios que no se consiguen liquidar con nada, esas miradas siempre suspicaces, ese sarcasmo destructor que revela un espíritu de muerte... ¿bajo qué máscara no se esconde este demonio? ¡Cuántos casos podríamos citar! Esa joven esposa cuyos continuos dolores de cabeza cesaron el día que aceptó asumir a su marido tal como era y no tal como ella lo soñaba. Aquella religiosa, siempre enferma hasta que confiesa que está celosa de su superiora.

²⁹ GUILLAUME DE SAINT-THIERRY, *La contemplation de Dieu*, 10, col. *Sources chrétiennes*, 61, Paris, Cerf, 1959, 93.

Por primera vez, semejante palabra atraviesa sus *labios*. Por la primera vez, son atravesadas sus *manos*. ¿Es una casualidad que coincidan esa palabra y ese momento? ¿Que los labios y las manos se encuentren en la misma palabra? Entre las manos desgarradas y los perdones sembrados hay un lazo que ni las peores desgracias conseguirán desatar.

Las manos que sangran para que bendigan los labios

Pero si estas manos con un simple roce pueden abrir los ojos de Bar-Timeo, quiere decir que se ofrecen a los clavos por adelantado. Si esos labios, con una sola palabra son capaces de lavar el alma de Zaqueo, quiere decir que se abren para pronunciar esa palabra por adelantado. Si el infortunio de los corazones heridos le arranca un: “Yo te perdono”, quiere decir que el dolor de las manos atravesadas enseguida engendrará un: “¡Perdona!”. Aquello que luego pedirá con un gran grito, lo otorga desde ya, hasta tal punto sabe que ya está concedido. Esas manos se han posado sobre los ojos cerrados, las frentes enfebrecidas, las piernas paralizadas, las manos desecadas, al mismo tiempo que de los labios se escapaba esa palabra insólita: “¡yo te perdono!” Incluso antes de decir: “¡Levántate y camina!”, y para poder decirlo.

¡Así es el acuerdo entre su Padre y él! ¡Entre su palabra y su sangre!

¡Era absolutamente necesario atar esas manos! ¡Hubieran podido continuar curando! ¡Y las técnicas y los programas sabiamente preparados hubieran resultado demasiado perturbados! Anoche incluso, ¿acaso la oreja de Malco no fue puesta nuevamente en su lugar? Uno más que comenzará a gritar: “¡Jamás se ha visto a ningún hombre semejante!”.

Era absolutamente necesario amordazar esos labios. Hubieran podido continuar diciendo esas cosas terriblemente duras, terriblemente verdaderas, nunca oídas: “¡Feliz el que abre la mano!”. Esa boca, peligrosa para el futuro de la humanidad ya ha dicho demasiado. ¡El dolor de las manos terminará por paralizarla!

Pero he aquí que cuanto más se le grita: “¡Cállate!”, cuanto más se lo hace sufrir, más fuerte y clara resuena su voz: “¡Haz que vean!” (Lc 18,41).

¿Acaso esas dos manos no fueron las que labraron las cumbres y los valles, las que echaron en el espacio las galaxias con sus millones de soles, las que cavaron el lecho de los océanos, las que sembraron cada grano de cebada y acariciaron cada anémona? Ahora están gastadas por el trabajo, desgarradas, pobres cosas inservibles. ¡Se acabaron las curaciones!

¿Acaso no murieron las tinieblas cuando el Padre, a través de esos dos labios, lanzó aquel resplandeciente: “¡Hágase la luz!”? ¿Acaso no se estremeció el barro cuando se posaron en los de Adán: “¡Recibe nuestro Espíritu!”?

Ahora están totalmente fatigados, totalmente desecados por haber repetido tantas veces: “¡Perdona!”— “No os será perdonada esta culpa hasta que muráis” (Is 22,14). Lo que Dios pensaba, no se atrevía a decirlo en voz alta: “hasta la muerte de su Hijo”.

Bendícenos, a los verdugos y a las víctimas

Esa palabra abre los labios de una multitud de crucificados.

Tanto a Esteban, el primero de todos, como a Esteban Midszenty, ya sea bajo una lluvia de piedras o una descarga eléctrica, no se les ocurrirá decir otra cosa que: “¡No les tengas en cuenta este pecado! ¡Espero tu perdón para ellos!”. En esos labios llenos de sangre o tumefactos, ¿puede existir una palabra más temible, más dulce?

Releo la siguiente carta de un campesino de los confines de Amazonia, desde la prisión: “Nos han encerrado en una celda. En esta celda estamos tentados de aflojar, pero Jesucristo y el Espíritu Santo no nos han dejado solos. Vino sobre nosotros y nos volvió a dar coraje... He sentido a Cristo más de cerca. Comprendí por dónde había pasado, he visto lo que es el camino estrecho y comprendí también qué lejos están los hombres de Dios... De nada sirve detenerse. La palabra de Dios es libre, nadie la puede detener y nosotros hablamos de lo que sabemos, de lo que conocemos, de lo que comprendemos, porque Dios es amor... *Agradezco* a Dios porque nos ha encontrado dignos de ofrecernos por hacer justicia al pueblo oprimido. Con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¡Amén!”³⁰.

Frente a este agradecimiento, los guardias deben haber quedado aterrados. Hace saltar los muros entre víctimas y verdugos, entre denunciados y traidores, entre afuera y adentro, entre tierra y cielo. La sangre de hombres como esos, aunque se los haga desaparecer mañana de madrugada, seguirá gritando: ¡perdona!

Ojalá pueda ser nuestro un día ese tesoro que circula de boca en boca en los campos de Siberia:

Perdónanos, a todos, bendícenos a todos, ladrones y samaritanos, a los que caen en la ruta y a los sacerdotes que pasan sin detenerse, a todos nuestros prójimos –verdugos y víctimas– a los que maldicen y a los que son maldecidos, a los que se rebelan contra ti y a los que se prosternan frente a tu amor. ¡Tómanos a todos en ti, Padre santo y justo!³¹.

¿Podrán tus ojos arruinados ver la belleza?

Nadie sabe si le será concedida esta gracia del martirio, pero todos sabemos que ninguna muerte puede ser pascual si no está iluminada por un perdón por fin otorgado, por fin implorado.

Si doy marcha atrás tan fácilmente frente a ciertos perdones que me parecen pequeñas muertes ¿no será porque me olvido de una verdad quizás demasiado simple para ser evidente: si he negado tal o cual perdón, cómo concederlo en la hora de la muerte? Si hoy rechazo el ofrecimiento de un perdón ¿cómo acogerlo en aquella hora? Si hoy mis manos están crispadas ¿cómo encontrar en aquel momento abiertas las manos de Dios? Las mías de todos modos estarán vacías. Como no tendré nada que ofrecer, deberé esperararlo todo. Pero deberé esperararlo todo de una misericordia que no espera el último momento para venir a mi encuentro.

¿Con qué contaré entonces, si no es con un amor que no sabe contar, incapaz de calcular?

Para eso, desde ahora debo contar con ese único perdón, ese mismo perdón. El perdón que otorgo a mi hermano, *ese mismo* es el que me será devuelto a la hora de mi muerte. No otro. Uno engendra al otro. Ese perdón por medio del cual hoy hago existir a mi hermano, me hará existir a mi entonces con una existencia que no se apagará ya más.

Fue en Avignon, durante una convivencia con niños. ¿Cómo se imaginaba cada uno de ellos su propia muerte?

Benito (12 años): “¡Y bueno! Veremos a Jesús tan hermoso que no podremos evitar pedirle perdón y El no podrá evitar perdonarnos”.

– Pero ¿por qué entonces no le pedimos perdón desde ahora?

Jorge (11 años): “Lo que sucede es que el demonio trata de confundir nuestros ojos para que no

³⁰ Citado por Charles ANTOINE, *Le sang et l'espoir*, Paris, Le Centurion, p. 78.

³¹ Citado por Paul EVDOKIMOV, *L'amour Fou de Dieu*, p. 77.

encontremos hermoso a Jesús y para impedirnos pedir perdón. Como él es muy feo, trata de disfrazarse. Trata de aparecer hermoso y arruina nuestros ojos”.

– ¿Y si nuestros ojos se arruinan demasiado?

Martín (13 años): “¡Entonces Jesús deberá esperar un poco para que nuestros ojos se acostumbren!”.

Dominique (12 años): “¡Hay que aprovechar la ocasión enseguida! ¡Es más seguro!”.

Si hoy yo me resisto a perdonar, ¿no es quizás porque Jesús no me parece tan hermoso en el rostro desfigurado de un hermano? ¿No estarán quizás mis ojos demasiado arruinados?

Por eso es que siete veces al día e incluso de noche me levantaré y diré: “¡*Abba!* perdónanos como nosotros perdonamos”. Y ese “como” temblará en mis labios. Hará temblar mi corazón. Me comprometerá: atará las manos de Dios a las mías, los labios de Dios a los míos, el Corazón de Dios al mío. Corro el riesgo. Para lo mejor o para lo peor. Pero para evitar lo peor agregaré: “¡Líbrame del Maligno!”.

El fruto hacia el cual tiende la savia...

¿Cómo puede ser que los mismos labios por donde pasa y vuelve a pasar el Nombre bendito, dejen pasar una palabra que ensucia, desfigura, destruye la verdad?³². ¿Acaso la verdad como tal o la verdad de un ser no es siempre el rostro de Dios? ¡Intolerable distorsión! Si una palabra semejante se nos escapara, que el Nombre sea sobre nuestros labios la brasa ardiente que se toma del altar de los perfumes. El altar donde la sangre del Cordero es ofrecida como incienso (*Is 6,7*). Ellos quedarán purificados: “Tu pecado ha sido expiado”.

Nada produce tanto cortocircuito en la oración como una reconciliación abortada. Para que tus brazos no se paralizen con la patena en la mano, en primer lugar debes arrodillarte delante de aquél que te ha herido y a quien tú has herido. Por lo tanto, cuando descendas al altar del corazón para celebrar la oblación de la noche, que en el umbral del santuario suban a tus ojos los rostros donde se podría leer un reproche o simplemente una tristeza por culpa tuya. Si ese hermano está cerca, vé a buscarlo. Si está lejos, envíale a tu ángel. Realiza un nuevo reencuentro. Que sea una visitación, que transmita el Espíritu. Entonces tu candelabro será muy hermoso: ¡eucaristía!

Servidor de un perdón que se ofrece

¿Cómo arriesgar un “¡Jesús, perdona!”? Que no engendre un “Yo te perdono a tí, que eres Jesús para mí?”. Un “Perdóname” dicho a Dios puede ser por fin –¡por fin!– retransmitido a todos los hombres, cualquiera sean sus ofensas, cualquiera sean mis defensas.

Ese perdón sólo puedes recibirlo a condición de darlo. Nunca escuches decir a Dios: “Te perdono” sin buscar enseguida a quién pasárselo. Si no has transmitido el precedente ¿cómo podrías recibir uno nuevo? Escuchado de los labios de Dios ¡que sea oído de los nuestros! Ha sido confiado solamente al precio de manos abiertas: una mano que se cierra sobre semejante confianza la esteriliza.

Tú te convertirás en el servidor de los perdones del amor. ¡Asombroso ministerio! Ministerio de curación. ¡Cuántas heridas se vendan con un simple perdón, sobre todo si provoca la recíproca!

³² Una niña cuyos padres ya no vivían más de acuerdo me confiaba: «Seguramente ahora ya no pueden decir más “Jesús”. No se puede decir Jesús con el corazón doble. En último caso “Señor”, pero no “Jesús”; duele demasiado». Una más de esas palabras que no vienen ni de la carne ni de la sangre sino del Espíritu. Sabiduría en los labios de los pequeños.

Ministerio de compasión: si alguien me hizo mal, es porque a él le duele más todavía; si me ha lastimado es porque él está más lastimado que yo. Y ¿no soy yo responsable de esa herida? Si yo lo hubiera amado más ¿hubiera estado él lastimado hasta el punto de lastimar? Debo condolerme de su miedo ofreciéndole ese bálsamo. Él llegará a su soledad profunda, luego de haber atravesado la mía.